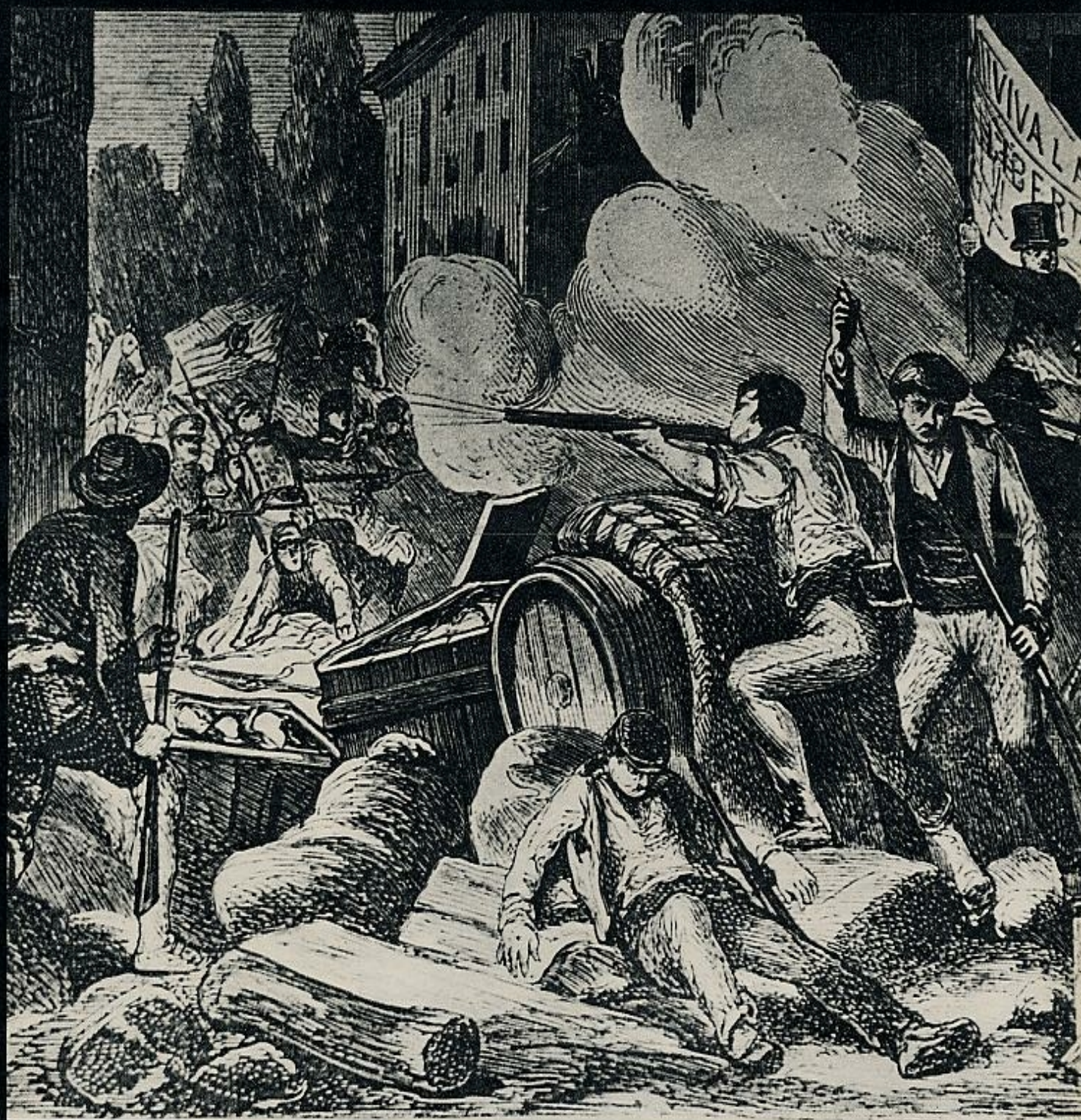


LA REVOLUCION

DEL 68

En septiembre de 1868 —hace cien años—, la escuadra se sublevaba en Cádiz. Comenzaba la Revolución que pasaría a la historia con el nombre de la «Gloriosa». Isabel II iniciaba el camino del exilio: el pueblo creía que había terminado para siempre el reinado de los Borbones. La Reina exclamó al salir: «¡Yo pensaba que tenía más raíces en este pueblo!».





ISABEL II

La Revolución cogió a Isabel por sorpresa. En su residencia de San Sebastián, cámaras y pasillos vivieron con ansia la aventurilla levemente azul del discreto telegráfico. Fue un fin de fiesta de soponcios, lleno de cataplasmas y azahares, de plegarias y mementos. Ya no resonaban en la Corte de Isabel los recios vocablos, las determinaciones fulminantes de Narváez. La muerte del general diezmó una hueste cortesana acostumbrada a la protección de sus palabras mayores y de sus puñetazos en la consola. Toda la confianza se derrumbó cuando González Bravo se fue. El hombre de los rigores, heredero de Narváez, pensó sin duda que no era injusto prevenir su futuro personal y aplicó en sus cálculos la regla de oro de la derecha tradicional: "la caridad bien ordenada empieza por uno mismo". En fin de cuentas, éste había sido el norte de la brújula isabelina mientras corrían en Palacio vientos pacíficos.

Pepe Concha, el amigo fiel, marqués de La Habana y vizconde de Cuba, el que aplastó en la Isla al cabecilla Narciso López y en El Carral a los sargentos, se mantuvo firme y recogió el cetro caído. Demasiado tarde. El día 29, el Ejército leal, en la persona de su jefe accidental, recibió un cable decisivo: "Dé V. E. paso al duque de la Torre". Era una fórmula feliz que ponía punto final a las indecisiones de la Reina. La camarilla regentada por Marfori, un favorito otoño, así lo entendió y la soberana cruzó la frontera. En este momento empezaba verdaderamente la Revolución española del 68: "El Antiguo Régimen ha muerto: ¡Viva España con honra!". Pero, ilusiones aparte, veamos de cerca el panorama.



A la izquierda, los isabelinos derrotados en Santander (28 de septiembre de 1868). Arriba, Isabel II llega al exilio.

DE MADRID A CADIZ

Por JOSE ANTONIO GOMEZ MARIN

EN el umbral de la Revolución, el panorama de los partidos es todo lo simple que permite la estructura de las clases sociales. La España de mitad de siglo es, a grandes rasgos, un mosaico elemental que se mantiene dentro de las coordenadas de la sociedad preindustrial. Nobleza conservadora y Burguesía progresiva se baten en el terreno difícil que supone todo cambio estructural de alguna importancia histórica. Y aquí se trataba de elegir para España una nueva vía —la industrialización— o permanecer, por el contrario, dentro del feudalismo de base agraria que regentaban los cerealistas castellanos y los latifundistas del Sur.

Una opción difícil. La Nobleza optó por conservar; la Burguesía se inclinaba al cambio de estructuras, salvando, eso sí, el pellejo convencional. El Pueblo, ya lo dijimos, al quite, más o menos en los términos de tremendismo con que Valle-Inclán lo muestra en «¡Viva mi Dueño!».

Y, claro está, la coherencia de los intereses clasistas ha de conducirnos a un esquema de partidos bien coherente. No entraremos en él, en todo

caso, para atender a los detalles del edificio. Nos importan sólo las paredes maestras.

Los progresistas

A estas alturas, el Partido Progresista ha perdido reños. Fue un grupo vociferante, ilustrado, que se comía al mundo por la boca chica de los pronunciamientos... y poco más. Pero algo más que un grupo, porque se extendió cuando pudo y sirvió de aglutinante a una Burguesía inquieta, ávida de reformas, y a unas clases medias esquiladas, ansiosas de progreso.

Olózaga, el gastado hierofante del Partido, se pasaba por la linde de los manejos diplomáticos. «El embajador en París», como dice algún contemporáneo, estaba ya en los albores de la Revolución suficientemente desprestigiado. Los duros, como Garrido, y los demócratas más aguerridos le atacaron como a nadie.





EL PUEBLO DE BARCELONA QUEMANDO LOS RETRATOS DEL PRIMERO Y ÚLTIMO BORBON DE ESPAÑA.

Y, sin embargo, en estos momentos difíciles, el progresismo tuvo un líder incontestable a quien debe su supervivencia y su fuerza: Prim. Por lo que tuvo de hombre decimonónico modelo, el general encajaba a la perfección dentro del aparato psicológico de las fuerzas que sostenían el Partido. Fue Prim un burgués perfectamente lógico, el más coherente, tal vez, de los representantes de las clases; escalador por sus propias fuerzas de cada escalón del Poder, valeroso y terminante en sus ideas —no demasiado numerosas ni profundas, por lo visto—, con una maña singularísima para la conspiración. En cierto modo, Prim recuerda en sus rasgos esa figura byroniana tan de moda en el siglo que fue el conspirador de la libertad, el luchador sin tregua por la idea liberal. Sólo que se suele olvidar, porque así lo favorecen su triunfo y sus laureles póstumos, que debajo de tanta fanfarria progresista, el general ocultaba un espíritu reciamente moderado, a las claras defensor de los intereses burgueses, quizá antipopular.

En los alrededores de la *Septembrina* fue, en efecto, uno más de los que pospusieron al Pueblo como factor en los cuartos de banderas. Su recelo fue grande y su decisión terminante. El no quería una revolución de barricadas, porque sabía que ello entrañaba un balance y un reparto indeseable. Estébanez, observador interesado, pero frío, puso en su boca la más clara determinación: «Sólo la más absoluta reserva con el Pueblo puede darnos buen resultado». Es lo mismo que Valle-Inclán hace notar en «Baza de Espadas». Es, en definitiva, que los generales olisquean ya entre la marejada popular de aquellos días un tufillo inédito y saturnal.

■ La Unión Liberal

En el flanco continuo, la Unión Liberal estaba previamente gastada por el uso del Poder. Pero es que, además, este campo heterogéneo de intereses y personajes constituía un conglomerado de notables más que un cauce liberal. Su jefe, O'Donnell, había muerto en este mismo año de gracia, y Serrano, «el general bonito», ya olvidado de la privanza de que disfrutó, no podía compensar con su antidinastismo la sensación que daba de ser un heredero menor. Lo que hizo de este partido el elemento decisivo en el triunfo y lo que contribuyó al encumbramiento del duque de la Torre fue que la Unión contaba con sus generales numerosos y con el favor de quienes preferían la alianza con las clases tradicionales a una alianza con el Pueblo informe. Esa fue la mejor condición de este partido, que ofrecía al Pueblo el filo decisivo de su espada, y a los intereses económicos que andaban en danza, al aval de su moderantismo notoriamente burgués. Digamos que la característica más ilustradora de su mentalidad fue el convencimiento de que el cambio reclamado por las circunstancias sólo era alcanzable a través de un pronunciamiento ejemplar.

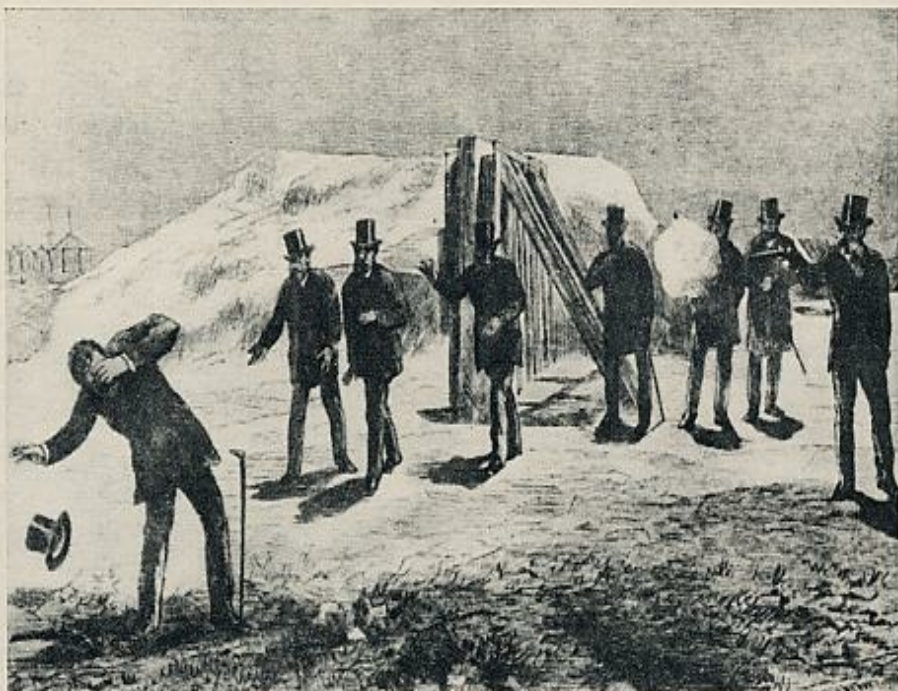
Por otra parte, los demócratas constituyeron la fuerza de opinión y de organización que más se aproximó a las aspiraciones del Pueblo. No fue, es cierto, un partido de composición popular absoluta, pero su área de influencia trataba de perfilar un perímetro ancho en el que cupieran los deseos proletarios. Inmenso fue su impacto en las clases medias, esa zona de nadie, nutrida y seccionada de los troncos adyacentes en los medios de la pirámide social. Y, claro, entre los intelectuales.

Lo importante es entender que ya antes de aclararse el panorama dinástico, el partido se transformó de manera que visiblemente se abría a las concepciones republicanas. El, por esto mismo, fue el impulsor de la actitud antiborbónica y —apoyado como estaba en las masas urbanas más concentradas— de la actitud republicana, inmadura todavía, que originó luego la tensión de los constituyentes.

■ Demócratas y republicanos

Políticamente, la escisión de los demócratas fue el mayor descalabro del moderantismo gubernamental. Es cierto que, de momento, el Ministerio

LA REVOLUCION DEL 68



El duque de Montpensier mata en duelo al infante don Enrique.

Montpensier

Ante la inminencia de la Revolución, Montpensier trabajó, desde el exilio, la candidatura de su mujer. Los duques encarnaban la oposición a la Corona y bien podían servir a los propósitos de quienes, en el 68, pensaban tan sólo en un cambio personal. Esa fue la baza de Montpensier, jugada por Topete y sus seguidores. En realidad, la candidatura se sustentaba en un pacto revolucionario mucho menos afectuoso y mucho más efectivo. Prim contaba con la leyenda de su dinero y el duque con la leyenda de una restauración borbónica. Un pacto ilusorio para ambos bandos: Montpensier daría todo menos el dinero; Prim iba a consentir cualquier cosa menos la vuelta de los Borbones. En cuanto a tales posibilidades, es cierto que en algún momento existieron de manera vaga. Tan cierto como que se esfumaron cuando el pretendiente mató en duelo al infante don Enrique, hombre popular que llevó sus extravagancias tan lejos como era menester para contar con la benevolencia popular. De este garbanzo negro original cuenta Anselmo Lorenzo que hasta se ofreció a la Internacional con propósitos firmes. Su muerte descartó a Montpensier, esto sí es seguro, y no fue flaco el servicio que prestó con ello a su pueblo.



La "mano dura" de Prim

A media tarde se levantó al sesión parlamentaria del día 27. En los pasillos se reunían los corros de diputados que prolongaban sus debates al margen del protocolo de la Cámara. En uno de ellos, alguien habló de fusiles cuando el general Prim pasaba cerca, y don Juan le encaró: «Poco a poco, señores, que eso de fusiles "me toca a mí"». Y dirigiéndose a un diputado de la minoría, bromeó: «Federal, ¿por qué no se viene usted conmigo a Cartagena para recibir a nuestro Rey?». Al disolverse el corro, entré chanzas y veras, Prim aconsejó a los republicanos: «Que haya juicio, porque tendré la mano muy dura». La sanción molestó a los reunidos, y uno de ellos parece que contestó: «Mi general, a cada uno le llega su San Martín».



de Gobernación, que Sagasta dirigía con habilidad de prestidigitador, no pareció impresionarse. Las consecuencias de la ruptura, como sucede tantas veces en historia política, no habían de clarearse hasta que la cosa no tuviera ya remedio.

¿Por qué los demócratas, los eternos independientes, rompían filas tras la Revolución, a pesar de la evidencia de su aislamiento? Como partido, el Demócrata era un grupo heterogéneo que ocultaba tras la estridencia de unos pocos un amplio sector de militantes teóricos. La Revolución del 68 fue un intento de salvar la España tradicional por un camino europeizante de reestructuración liberal y burguesa. Y ahí rompió la grieta. Porque, junto a este intento, pasaba inadvertidamente una intención más profunda de llevar las cosas al fondo y de echar abajo la estructura toda para reconstruir una nueva. Hablamos, por supuesto, de una tensión interna, de una guerrilla solapada que se plantó en el seno de los proyectos liberales hechos posibles por la alianza de los políticos y los militares, de los progresistas y los hombres de la Unión. Lo que pasó fue lógico: que una Revolución edificada sobre un ideario provisional y montada en la trampa común de echar a la Reina tendría problemas, sin remedio, a la hora de rendir cuentas y repartir ganancias.

Por esta razón, los demócratas, que habían soportado sus propias tensiones viscerales, no soportaron la prueba de la luz del día. Cayó la Reina, hubo Gobierno Provisional, se convocaron Constituyentes... y aquí se acabó el pacto. ¿O es que iba a ser posible para el sector de la izquierda soportar la alianza, a todas luces demasiado ancha, entre unionistas, progresistas y demócratas? La lucha electoral —había que elegir Rey o República— logró romper una alianza que parecía fuerte sobre el papel. Los demócratas se quedaron desde ese momento en una zona intermedia de vacilante porvenir. Y el ala izquierda, en la que ya la voz de Pi resonaba con timbre penetrante, se separó del tronco enarbolando la bandera del federalismo. España debía ser republicana, y la República debía ser federal: acaba de nacer oficialmente el republicanismo español.

La oposición se une

Hay un hecho que sorprenderá a quien quiera que se asome a la «Gloriosa»: la unión de los distintos partidos, la coincidencia en la Revolución de los irreconciliables más insospechados.

Tras de la atomización de las fuerzas políticas, que fue el arma más o menos constitucional con que el régimen venía salvando la piel desde hacía muchos años, los amenes isabelinos asisten a este fenómeno curioso de la reunificación de todos. Especialmente desde el 66 (pronunciamiento de Villarejo y del Cuartel de San Gil), la oposición a la Monarquía va sintiendo la necesidad de aglutinarse y coordinar sus esfuerzos. Así pudo firmarse, a mediados de agosto, el Pacto de Ostende, que suponía el final de las interferencias internas y el ocaso del juego parlamentario. Poco antes de un año se concertaría en Bruselas otro pacto por el que se unían al frente único los restos de extrema izquierda que habían conservado su autonomía. Y desde este momento ya no hay propiamente partidos, sino que todos —ya se sabrá hasta qué punto ello es ilusorio y falso a la larga— quieren representar a un Pueblo que ahora llaman «soberano» con la misma boquilla demagógica que luego servirá a casi todos para invocar de nuevo al partidismo y la disgregación.

Después de Ostende la suerte estaba echada para Isabel y su mojigatería de rigodón. Sólo que la Señora y sus fieles, cuando oían gritar «¡Abajo los Borbones!», no acababan de entender la nueva situación y seguían a pies juntillas los dictados del profetismo devoto que guió siempre, por tradición claretiana, sus tristes destinos. «¡Abajo los Borbones!», no se puede dudar, era, sin embargo, el estopin que necesitaba para su incendio el peligroso barril de la política española. Una frase que allanó terraplenes ideológicos, porque tenía la virtud de ser provisional y unánime, y porque, realmente, encerraba la primera de todas las quirurgías que era preciso acometer para guardar la honra: destronar la Monarquía: «Un solo propósito, la LUCHA; un

LA REVOLUCION DEL 68

solo objeto, la VICTORIA; una sola bandera, la REGENERACION DE LA PATRIA», propuso don Juan Prim.

■ La Revolución, a Madrid

Esta vez la flecha hacia Madrid estuvo fácil. Todos los caminos estaban abiertos y los pueblos de ese camino, amigos. Las tropas recibían el calor y el entusiasmo de un pueblo que se jugaba todo, una vez más, a la carta de un general con suerte. ¿Qué general? Este es un punto clave. En Madrid corrió la letrilla:

«En el Puente de Alcala
la batalla ganó Prim,
y por ello le cantamos
en las calles de Madrid».

Es curioso cómo el Pueblo quiso negar la evidencia con el truco infalible de un fandango mentiroso, cantado en las propias barbas del Serrano triunfante que entró en Madrid. El azar retenía a don Juan Prim el tiempo necesario para que su rival se encumbrara. Cuando por fin llegó a Madrid, las cartas estaban echadas y el duque de la Torre era ya jefe indiscutido de una Revolución a la que aquél había consagrado con fuego romántico lo mejor de su vida: paciencia y barajar.

■ En busca de un Rey

La Revolución que echó a Isabel II dejó en pie los viejos fundamentos de la convivencia española, porque nadie pretendía otra cosa —todo hay que decirlo— entre los que la hicieron. El grito de Cádiz tenía, es cierto, resonancias iconoclastas y un cierto timbre devastador que fácilmente lleva a la confusión. Dio la prueba esta España decapitada que seguía siendo monárquica, a tenor, por lo menos, de la que en las urnas se vio. Los Constituyentes votaron «sí» a la vieja Institución, que apoyaban sin demasiada cautela el fallo favorable. El Ministerio Serrano-Prim recibió en esos comicios el refrendo a su moderantismo y un difícil encargo: buscar un Rey.

¿Buscar un Rey! ¿Quién podía calcular esta paleta ridícula mientras duró la euforia gaditana de «Abajo los Borbones!»? Sufrió España, puede suponerse, una crecida del republicanismo latente e inmaduro que luego se extendería hasta el último rincón. Pero, de momento, la amenaza no pasaba de ser un juego ilusorio de intelectuales, de recalcitrantes, de pequeños burgueses radicales, que ni siquiera entre ellos hubiesen podido firmar la paz. España era monárquica, por lo visto, y era preciso buscarle un Rey.

El espectáculo increíble de un Trono vacante no es frecuente. En la Europa hecha al nepotismo y a la endogamia de la Realza cualquiera podía acordarse de los plumazos de Bonaparte o de los pleitos dinásticos que zanjaban disputas a punta de bayoneta. Pero es el caso que cuando el Trono de San Fernando se quedó vacío, Europa pudo asistir a la original subasta de la sucesión. Don Juan Prim y Salustiano de Olózaga, los magnates del progresismo nacional, abrieron en cada rincón un banderín de enganche.

Un portugués rechaza con insistencia y don Juan Prim se enfada. Se baraja un candidato italiano, eliminado por edad. Y hasta hay quien piensa con ribetes místicos en un Baldomero I, que le viene ancho a Espartero en su retiro de Logroño. El cuñado de la destronada, Montpensier, que ha financiado con cuentagotas la Revolución, clama por una restauración dinástica; ¿quién mejor que su esposa, la hermana de la Reina, para restañar cicatrices? Pero Prim le odia y no olvida sus rídiculos económicos, a parte de que Montpensier —el sería el Rey consorte— no tiene simpatías entre un pueblo que le llama el *franchute* y que reconoce en el duque al asesino del infante don Enrique.



La noche del 27 de diciembre, el general Prim es asesinado en la calle del Turco.

En la calle del Turco

Roque Barcia, un testigo caracterizado de aquellos momentos, cuenta así los hechos: «Sale don Juan Prim de las Cortes y se dirige a su carruaje. Un hombre encapado, que estaba en la acera de enfrente, enciende un fósforo. Otro, que estaba en la esquina del mismo palacio del Congreso, por la parte de la calle del Sordo, enciende otra cerilla. La misma operación ejecuta otro encapado que vigilaba la embocadura de la calle del Turco. Los asesinos vieron la luz del fósforo y supieron que en aquel instante ocupaba su coche el presidente del Consejo». El carruaje de Prim hubo de detenerse, obstruido por otro coche. Los apostados hicieron dos descargas, una por cada flanco, rompiendo los cristales a trabucazos y cuidando de cruzar los disparos para no herirse entre sí. Un crimen, como se ve, demasiado perfecto. No quedó rastro alguno de tan complicada operación. Se detuvo a Barcia, se buscó a Paúl y Angulo, se encarceló en el Saladero a los redactores de «El Combate». Ningún resultado. La gente vio, con extrañeza, la ineficacia de la Policía y la pasividad del regente Serrano, y las sospechas crecieron con motivo de posteriores detenciones. Era una tesis, sin embargo, demasiado obvia. También se habló de Montpensier y su dinero, en razón del desprestigio del duque. Por toda pista, una mano de pólvora estampada en Alcalá, que la Policía, inocentemente, borró por la mañana. Paúl huyó sin apuros, y se defendió en un libelo. En aquella hora de España no quedó tintero con cabeza. Prim, en todo caso, parece que dijo: «No me matan los republicanos...».

Paúl y Angulo

Paúl o el conspirador. Jerezano algo más que acomodado, dilapidó una fortuna considerable en el tapete de la política. Fue un republicano con infusas de proletario, un «federal» tragamundos que hacía compatible sus dos pasiones: la Revolución con los caldos de la tierra. Unas veces se le ha visto como discípulo de Bakunin. Otras, como logro fanfarrón. La verdad, en este caso, es difícil. Paúl sólo interesó de veras como agente revolucionario. Es el caso de Prim, con cuya confianza contó en los días de la preparación revolucionaria. Fue incansable, generoso y dispuso de una pluma hábil para la polémica y la agresión. El fundó «El Combate», a cuya cabeza, puesta a precio, permaneció firme. No era Paúl hombre medroso, y lo demostró cuando los republicanos se enfrentaron a Prim tras la desilusión. Un gran secreto, la muerte del general, se llevó Paúl a la tumba, no sin antes defenderse echando el muerto sobre ajenas y encumbradas espaldas.

Fermín Salvochea

La leyenda de Salvochea es un mito indestructible que ha sobrevivido largamente al personaje.

Como Paúl, Salvochea era un gaditano acomodado que entregó su vida a la Revolución. Fue el hombre de confianza de los sublevados de Cádiz y, sobre todo, fue el hombre de confianza de su pueblo. Pertenece Salvochea a esa especie de anarquistas religiosos que luego abundaron en España —los héroes de Baroja, de Blasco Ibáñez— y que fundaron la esperanza revolucionaria en el ejercicio sin concesiones de la ascética personal. Hombre modesto, abnegado, generoso hasta la leyenda, inteligente y cultivado, fino y discreto en su trato, firmísimo en sus creencias y en el ejemplo de su vida. Lo perdió todo por su pueblo, sufrió persecución, y se pasó la mayor parte de su vida en presidio. Llegó a disfrutar en vida de un prestigio mítico que él apartaba de su austeridad como cáliz de tentación. En la Revolución del 68 se distinguió como conspirador y rechazó los honores. Fue alcalde de Cádiz, por aclamación; fue diputado de su pueblo y fue rebaldado cuando vio a dónde se dirigían los conspicuos de septiembre. Llegó a levantar un ejército de 40.000 hombres, y terminó vencido. Su otro amor fue su madre. Todavía en la II República su nombre perduraba: El Campillo, un pueblo minero de la cuenca rioantina, cambió su nombre por el de Salvochea. Murió en Cádiz estragado, medio ciego y pobrísimos.

Odios viejos

El conflicto estalló por donde menos se esperaba. Prim dirigió los tiros a Leopoldo Hohenzollern, engañado hábilmente por las maniobras de Bismarck, y Napoleón, celoso de Prusia, se lanzó a una guerra suicida pensando evitar la catástrofe que para él significaba tener a sus espaldas a un prusiano. Dicen que Prim tuvo tiempo de arrepentirse y luchó con toda su vida con el espectro de la guerra franco-prusiana, que costó a Francia el desastre y convirtió a París en «Comuna».

Los republicanos arreciaban. En la cuna de Cádiz y en otros lugares hubo resistencias que duraron poco, pero que a veces fueron aparatosas. La izquierda de la Revolución empezaba a vislumbrar en los manejos de Prim un guante blanco que recordaba el rigodón pasado. Odios viejos que ahora renacían. Paul y Angulo, el amigo conspirador, se distingue ya peligrosamente en contra del héroe de los Castillejos, a quien él había jugado todas sus cartas revolucionarias. Las Cancillerías trasiegan incansables. Hay cambios de embajadores, cartas que se interceptan, ofrecimientos pueriles. En busca de un Rey, don Juan Prim terminó perdido. Europa no daba crédito a sus ojos. La Revolución, la «Gloriosa» española, empezaba a cuartearse.

Rey galante, Rey caballero

El duque de Aosta logró calmar los ánimos al aceptar, a requerimiento de su padre, el Rey Víctor Manuel de Italia, un encargo que él entendía como un servicio a su propio país. Amadeo I se vino, pues, a Cartagena con el ánimo menguado. Parece que, en efecto, Amadeo fue el único candidato que de verdad no quiso aceptar el encargo de volver las aguas a su antiguo cauce. Parece, también, que sobre España el duque tenía una idea más o menos prima de la leyenda y que cuadraba a su estilo

de aristócrata. Amadeo fue el caballero de las praterías románticas, el hombre de las ideas serenas y los ideales aristocráticos. Era un meridional templado por un cierto influjo sajón, un Caballero de la Mesa Redonda engastado en la decadencia; el tipo, en fin, del hombre que no está ya para mayores tratos, pero que espera todavía de la vida la satisfacción del papel heroico. Héroe menor, Byron resignado en la atmósfera un poco aburrida de las Cortes decimonónicas. Amadeo, Rey Caballero.

Amadeo, Rey Galante: «En el Madrid romántico no se oye otra canción», Amadeo va al paseo de Coches y conoce una bella española. Ya está otra vez en pie la leyenda que seduce a este pueblo enamorado de los devaneos reales. La leyenda de Fernando VII, de Alfonso XII, de Alfonso XIII. El Rey frecuenta una dama de alcurnia, una artista de fuste, una barbiana de postín. Rey Galante. Su leyenda crece, como crece, encerrada en los muros del Palacio de Oriente, la tristeza de su esposa, doña María Victoria del Pozzo da Ila Cisterna. El pueblo bromea, la aristocracia se retrae.

¿Quién mató a Prim?

En Cartagena esperaba a don Amadeo una noticia desconcertante: ¡Habían matado a don Juan Prim! Aquella nueva significaba para su reinado una sentencia de muerte. El sistema creado en la imaginación del héroe de los Castillejos carecía, muerto él, del apoyo necesario entre tanta pasión desbordada. La realidad era que sólo don Juan Prim tenía fuerzas como para hacer viable la Monarquía electiva y que sólo él creía en sus posibilidades. Por lo demás, no se trataba de elegir, sino de decidir: no estando España madura para un cambio de régimen —el general lo declaraba así—, y no siendo posible restaurar a los Borbones, no quedaba otra salida. En lo que Prim no pensaba era en su desaparición. Eso hubiese sido tan absurdo como no advertir, una vez sucedido, que con ella se iban, de camino, las posibilidades de Amadeo.

Pero entonces lo que apasionado era el suceso. ¿Cómo era posible que una conjura de tales proporciones hubiera quedado en el silencio? ¿Quién

o quiénes protegían a los asesinos, garantizándoles la impunidad más absoluta? La gente se hacía preguntas y la hiedra de las vacilaciones invadía los alcázares más altos. A Montpensier, un personaje antipático, se le juzgaba con medios y motivos más que suficientes para quitar de la circulación al general. Pero, ¿qué hubiera ganado Montpensier ante los hechos consumados y con el Rey electo en Cartagena? Luego se habló de la pasividad del Regente, Serrano, en base a ciertas competencias políticas establecidas desde la Revolución, y, tal vez, antes de ella. Unos detenidos sospechosos dieron que hablar en tal sentido, por la infeliz coincidencia de que alguno era paisano del duque de la Torre. Poca cosa, como se ve, pero suficiente para nutrir el argumento desafortunado que crecía a cada instante entre chismes y ocurrencias.

La peor parte, como es lógico, la llevaron los republicanos. Su retraimiento, primero, y su dura oposición, después, condujeron la opinión del partido hasta posiciones de franca hostilidad hacia Prim. Por eso todo parecía señalarlos, y en ese sentido se movieron las investigaciones oficiales. Prim, que tuvo tiempo de ver al asesino, aseguró, al parecer, «que no lo mataban los republicanos», sin que la declaración del moribundo pudiera evitar la represión. Al Saladero, la temida trena de los revolucionarios madrileños, fueron cayendo uno tras otro los que más se habían distinguido. Ramón Cala se defendió en las Cortes; Roque Barcia, prisionero, mantuvo una polémica altisonante e incansable. De quien nada se supo fue de Paul y Angulo, el jaque escurridizo para quien la experiencia de la clandestinidad era un juego de niños. Desde París, donde apareció, escribió también su alegato. Pero él se llevó el sambenito para ciento y un días. Una buena excusa para la política inoperante de la Regencia, que, no obstante, tan eficaz supo mostrarse siempre.

Entre políticos

Sagasta es un zorro viejo y Ruiz Zorrilla un ingenio irritable. Entre los dos se reparten el reinado zozobrando de un extranjero que se esfuerza por



Amadeo de Saboya.



En la Basílica de Atocha, el Rey Amadeo I ante el cadáver de Prim.

Amadeo I

Amadeo fue un Rey de circunstancias. Le coronaron contra su voluntad y reinó sin ella. Muerto Prim, su mentor, no podía serle fácil gobernar la «gabbia di pazzi» —casa de locos— que, en su expresiva frase, era la España posrevolucionaria. Pero mientras ciñó aquella Corona él lo intentó con la dignidad que era posible: «No seré yo quien gobierne —decía a su padre, el Rey Víctor Manuel— sino los que me hayan elegido». Y así fue. Dos hombres, Sagasta y Zorrilla, manipularon el aparato de la honra que buscaba la Revolución; la aristocracia le despreciaba y el Ejército no llegó a acatarle; para el Pueblo, la Realidad era una monserga, a efectos políticos. Una situación difícil que aún agravó más la contienda de los partidos y que no era posible sacar adelante a un Rey aislado de todo elemento. Ya Prim advirtió: «No hay nada más difícil que hacer un Rey». Castelar había pontificado: «Los Reyes pueden salir de un templo, pero no de una Asamblea, pueden descender de una nube, de un misterio, pero no de una urna electoral». Así fue.

Viaje rápido... pagando lento!

Ahora puede volar por Iberia pagando en cómodos plazos con "credivuelo Iberia"

Iberia, Líneas Aéreas de España, le ofrece su "Credivuelo Iberia". Un ágil y sencillo sistema de crédito personal que permite vuelos pagaderos hasta en doce mensualidades.

Quién puede volar...

Cualquiera. Usted, su familia, sus empleados... o con sus amigos. Para obtener un "Credivuelo" solo es necesario ser mayor de edad, residir en España y tener a su nombre una cuenta corriente o libreta de ahorros en cualquier Banco o Caja de Ahorros Nacional. Podrá volar solo o con su familia. De vacaciones... en viaje de negocios o luna de miel... asistir a ferias, congresos, y exposiciones... o seguir a su equipo favorito en las competiciones deportivas

Y puede también regalar vuelos a quien merezca sus atenciones sin que nadie conozca la forma en que pagó su regalo.

A dónde puede volar...

A cualquier lugar de España o del extranjero. "Credivuelo Iberia" le permite obtener pasajes a crédito desde 5.000 ptas. en adelante.

Cómo puede volar...

Muy sencillo. Diríjase a una Agencia de Viajes o a cualquiera de nuestras oficinas. Le entregarán una solicitud que se tramitará en forma inmediata y podrá obtener pasajes con la máxima rapidez.

Cuánto cuesta volar...

Usted paga al contado tan sólo el 20% del im-

porte del viaje, y el resto en cómodos plazos de seis a doce mensualidades.

¡Además usted puede beneficiarse de muchas de las tarifas especiales de Iberia!

Cuándo puede volar...

Cuando quiera. En cualquier estación, mes, día y vuelo del año. El que prefiera o le convenga. En clase primera o en turista. En cualquiera de los aviones de la moderna flota de Iberia.

Si desea más información...

Consulte a su Agencia de Viajes o a cualquiera de nuestras oficinas.

Bancos colaboradores:
Exterior de España
Central-Popular



IBERIA
LINEAS AEREAS DE ESPAÑA

Donde sólo el avión
recibe más atenciones
que usted

mantener en vilo la agitada daga española. ¡Un extranjero defendiendo la Constitución! Amadeo jura cumplirla y ése va a ser su norte. Su permanencia en Palacio se convertirá en una lucha continua por contener las pasiones partidistas en los límites de la Carta. Todo parece indicar que era sincero. Pero la lucha entre los políticos acabó por romper su serenidad: «siamo in una gabbia di pazzi» —una jaula de locos—, se desahogaba el Rey. La verdad es que Amadeo sin Prim no tenía cuartel. En Cartagena, al recibir la nueva del asesinato, don Amadeo debió comprenderlo así.

■ Una dimisión honrosa

La lucha entre las facciones se generalizó de tal manera que Amadeo pensó en abdicar. Sus dudas tropezaban con la insolencia creciente de la política y con la oposición de su padre a la posibilidad de una renuncia. Al final, sin embargo, debió afrontar la realidad y, con ocasión de una amenaza de Zorrilla, que hizo cuestión de Gabinete la firma de un decreto, el Rey le espetó: «No será usted sólo quien dimita, también dimitiré yo».

Todos los esfuerzos fueron baldíos para lograr una rectificación de Amadeo. Frío y hostil en sus últimos momentos, supo, en cambio, cuidar al detalle la correcta desenvoltura con que estuvo escrito el discurso de Renuncia, que se leyó en el Congreso el 11 de febrero de 1873. Decía en él Amadeo que aceptó el Trono «decidido a inspirarse únicamente en el bien del país, y a colocarse por encima de todos los partidos» y explicaba cómo la desunión y el estado de lucha requerían remedios que él, fiel al juramento constitucional, no debía recabar. «El remedio lo he buscado ávidamente dentro de la ley y no lo he hallado. Fuera de la ley no ha de buscarlo quien prometió observarla».

■ O Rey o República

Bien mirado, el nuevo dilema era la solución lógica que la «Gloriosa» engendró unos años antes y que en la consulta prematura de las Constituciones se derrumbó por falta de madurez. Ahora, por el contrario, la Revolución se aprestaba a sacar las últimas consecuencias.

Conocida la renuncia de Amadeo, la fiebre constituyente se disparó, y los diputados, en sesión permanente, cerraron las puertas del Congreso. Por las ventanas se soltaron arengas, y Castelar demostró en los momentos difíciles su talento improvisador. Con una determinación inflexible, los más decididos juraban a la muchedumbre no salir vivos del Palacio sino con la proclamación de la República por delante. Sólo la voz de Pi, breve y serena, bastó para decidir las tensiones y las dudas. Una votación dramática acabó el parto fácil de aquella primera República. En Madrid se formaron grupos armados que recorrían las calles y daban vivas a «la de todos» desde la borrasca plaza de Antón Martín hasta las mismas puertas del Palacio de Oriente. Se recibían telegramas de la mayoría de las provincias que expresaban el mismo estado de ánimo. Pero aquella ejemplar lección de historia, que era el colofón necesario de una Revolución iniciada entre dudas y mimos, no iba a concluir en paz.

■ ¿Tendría razón Prim?

Desde que Prim excluyó la solución monárquica de los planes revolucionarios habían pasado muchas y profundas transformaciones. Sobre todo, se sabía ya que no era posible elegir un Rey, y se sabía que no podía contarse con un Prim para sostenerlo. La marea republicana había crecido y cumplía ahora una discutible mayoría de edad. ¿Tendría ahora razón de ser las aprensiones del general?

Hay que defender la memoria de aquella I República del absurdo común que la presenta como el fracaso natural de los republicanos. Se pretende ofrecer la imagen de una bancarrota promovida



FIGUERAS

PI Y MARGALL



SALMERÓN

CASTELAR

La I República Española

Cuando Amadeo abdicó, las cosas estuvieron por primera vez claras. Los revolucionarios de septiembre no habían podido mantener el paso medido que prevían los generales de Cádiz. Aquella era una Revolución a medias, que a los recalcitrantes les parecía el caos y a los radicales una engañifa santurrón. ¿Dónde estaba el pueblo, dónde estaba la «España con honra» que habría de suceder a la caída de los «obstáculos tradicionales»? Se había desarrollado un profundo sentimiento republicano, y los moderadores ya no confiaban en su papel. Hasta podía entresverse el aspecto de un movimiento obrero que hablaba al aire libre y crecía sin cesar. Los moderados de todo corte empezaron a temer lo peor; los políticos a prometer sin rebozo las excelencias republicanas... Todo fue fácil; abdicó el Rey, el Congreso se negó a disolverse, Pi propuso la nueva forma de Gobierno y los diputados votaron la República por 258 sufragios contra 52. Figueras prometió que sería «irls de paz y de concordia para todos los españoles». Aquello era el lógico punto final de una larga serie de decisiones tomadas a medias. Un punto final puesto con entusiasmo y, tal vez también, con retraso. Figueras y Pi, Salmerón y Castelar, dos catalanes y dos andaluces, se encargarían, sin éxito, de gobernar lo ingobernable. No habían previsto que la República de sus desvelos se apoyaba en una fuerza nueva, casi inédita, que era el entusiasmo político de las masas, y que esas masas carecían de cuadros adecuados para secundar al nuevo orden. Porque el ímpetu de esas masas, en cuanto fuerza libertaria, tendía a la disgregación impaciente. República unitaria o federal, aquello eran monsergas para quienes a la revolución política anteponian la revolución social; al orden, la libertad; al equilibrio, la igualdad. El cantonalismo da la medida exacta de ese ambiente. La muerte de la República, como luego la Restauración, la dan del grado de inmadurez revolucionario con que el país vivió la aventura que se inició el año 68.

Pi y Margall

Sería difícil encontrar, en la centuria pasada, alguien con la implacable integridad de don Francisco Pi y Margall. Se le ha presentado como una figura gris, encogido en la sobriedad de su persona. Se ha querido, otras veces, levantar un energúmeno encima de su diminuta humanidad. Vanos intentos. Pi fue un hombre modesto que ocultaba, eso sí, el filo tremendo de su convicción. Poseyó como nadie la fe en el otro. Como nadie luchó por su libre dignidad. Encarna Pi y Margall el mejor ejemplo de lo que es el anarquismo «como Moral». Prudhoniano fidelísimo, quiso adecuar para España esa Moral que a él le parecía única e insustituible. Y lo intentó con estremecedora ingenuidad. Azorín, que le adoraba, ha dicho de él: «En el tremendo desconcierto de la última década del siglo XIX, sólo este español se yergue puro entre la turba de negociantes discursadores y cínicos». Puro e ingenuo. Su dramática gestión al frente de la I República constituye un alegato magnífico de cómo, aun al precio del fracaso, un hombre puede ser fiel a sí mismo.

LA REVOLUCION DEL 68

por la ineptitud de los gobernantes, enfrentados en su tarea a ciertos aspectos incontrolables de la psicología española. Pero eso es simplificar la historia y hacer de ella un instrumento de justificación de cada oposición ganadora. Más vale atender a los hechos que, en la base, determinaron el estrepito republicano.

Para empezar, la I República dispuso sólo de un poder teórico. Traída como solución inexcusable a la renuncia de Amadeo, los hombres que la crearon tuvieron que pechar con una situación de insalvable vacío. El total de las fuerzas conservadoras no sólo no colaboró, sino que se aprestó acechante a que un resqueio de debilidad permitiese intentar una «Gloriosa» al revés. Los políticos de corte liberal, verdaderos titulares del régimen, con alguna excepción notable, no advertían del todo que su raigambre era escasa, y hasta creyeron que aún era tiempo de gobernar con facciones y pactos de ocasión.

No tenía la I República, pues, en quién sustentarse, porque ni siquiera el pueblo obrero —su base más efectiva, tal como estaban las cosas— quería colaborar. Había, es cierto, un movimiento proletario de cuya pujanza se hacían lenguas los federales, sus verdaderos usufructuarios. Pero esa base consciente y organizada, era, en un sector ampliamente mayoritario, de filiación anarquista y seguía con fervor religioso las directrices de los discípulos de Bakunin. El gran tema de los círculos obreros era la abstención, la no colaboración con quienquiera que no tuviese en la mano la tea que incendiaría la estructura entera del país. Esta fue la más grave consecuencia del profetismo con que el movimiento obrero fue bautizado. Porque absteniéndose el Pueblo, dejaba sin cimientos el edificio republicano y sin eficacia el cacareado espíritu de septiembre.

Y por último, la guerra. Una guerra dinástica que hoy parece un anacronismo ridículo, pero que entonces inflamaba las zonas del país más trabajadas por el tradicionalismo y la reacción. Una guerra que servía los planes de un Ejército francamente hostil y favorable a la restauración monárquica. Una guerra que acababa de arruinar la Hacienda caquéxica, que se debatía malamente entre fomentos y juegos malabares. Ese era el abultado pasivo con que hubieron de luchar los cuatro Presidentes del Ejecutivo —en realidad, no debe llamarse de otra forma—, cuatro hombres dignos, vencidos por el peso irremediable de una circunstancia atroz.

■ Insurrección o muerte

De ahí al caos. La Revolución del 68 cimentó su eficacia en sólidas bases locales. Las Juntas Revolucionarias, pronto disueltas por el Poder Central, dieron al Pueblo la ilusión de una autonomía incompatible, de hecho, con cualquier intento político de organización tradicional. Por eso al advenimiento de la República y, sobre todo, cuando se adoptó la forma federal, las provincias, los pueblos, y hasta los individuos, creyeron sonada la hora de la libertad absoluta. Aquello era la Revolución, con mayúscula, o ya no lo sería nada.

La I República murió de ese mal. No bastó la moralidad que se trataba de implantar —¡la honra famosa!—, no bastaron la dignidad ni los esfuerzos. Disgregar significaba liberar y, también es cierto, significaba medrar. En la cola del león se agruparon desordenadamente cuantos no pudieron coger sitio en la cabeza del ratón republicano. En España aquella fue la hora múltiple de cada campanario de aldea, tal vez también de cada reloj ciudadano. Cayeron los Ayuntamientos, sustituidos por las Juntas, se abolieron los odiosos «consumos», y mientras se suprimían las «quintas», el Pueblo pedía armas. Andalucía estaba en trance de ilusoria desintegración, Levante la secundaba, Cataluña obrera en ascuas. Pero el cantonalismo poco podía hacer a pesar del entusiasmo. Y era, en cambio, un viático suculento para los emboscados pacientes partidarios de la Restauración. No iba a pasar mucho tiempo hasta que otro Pavia —Pavia se llamaba también Novaliches, el héroe de Alcolea— desmoronara aquel orden anémico con sólo meter un pelotón de fusileros en los pasillos del Congreso. Ahora sí, y para siempre, la Revolución del 68 había muerto. ■ J. A. G. M.

FIN DE LA SERIE